

---

# ENTUSIASMO, CUALIDAD PERMANENTE EN LA PROFESION MILITAR

---

*La fuerza de las armas no es una fuerza bruta, sino una fuerza espiritual*  
ORTEGA Y GASSET

**E**NTUSIASMO, POR SU ENERGIA etimológica del griego (enzeos, endiosado), designa cierto estado de especial influencia de la divinidad sobre el espíritu, en el que las ideas, anhelos y actos de la vida de relación se salen de lo normal. En el entusiasmo se halla siempre el elemento divino que eleva la actividad humana: la unión de ambos, traslada al hombre a la visión de mundos desconocidos al común de los mortales; enciende en su fantasía ideas sublimes y le fortalece para realizar las creaciones estupendas del genio; abrasa sus entrañas con llamas de patriotismo y templadas en las energías de los héroes.

A finales del siglo XVII, el inglés Shaftesbury habla del entusiasmo como "el impulso hacia cuanto hay de verdadero, bueno y bello; la elevación del alma a los valores más universales (en nuestro caso, Dios, Patria, Ejército), la renuncia a la vida egoísta del individuo, lanzándose en alas de ideales elevados".

Entusiasmo, esta palabra cuyo significado encierra tantas virtudes no siempre es bien comprendida; porque generalmente al militar se le considera como un guerrero y tanto se admiran y se alaban las acciones distinguidas en el campo de batalla como se desatienden las cualidades del soldado en tiempo de paz, y cuando un militar no se halla al frente del enemigo, se le tiene por un hombre ocioso cuya utilidad no es conocida.

Los que se dedican en tiempo de paz a la carrera de las armas, dan a conocer sentimientos muy nobles, porque conservan el entusiasmo que es el alma del ejército. Tal vez lo militar sea el código moral humano

más exigente y acabado. Ninguna otra profesión se introduce tanto en la intimidad de sus hombres.

En tiempos de paz, el militar produce nada menos que la tranquilidad, confianza, seguridad, creando con ello un ambiente de estabilidad. En esas condiciones es cuando se hace necesario el ejercicio de las virtudes más silenciosas, como la disciplina. A veces cunde el desánimo y es necesario el valor del entusiasmo para seguir adelante por la senda sin fin que es el cumplimiento de nuestros deberes.

Resulta difícil que puedan comprender nuestra carrera los hombres vanos y de poco talento que nos miran: somos nosotros los militares, nobles esclavos sumisos, ya que reconocemos nuestra ciega obediencia a nuestros jefes.

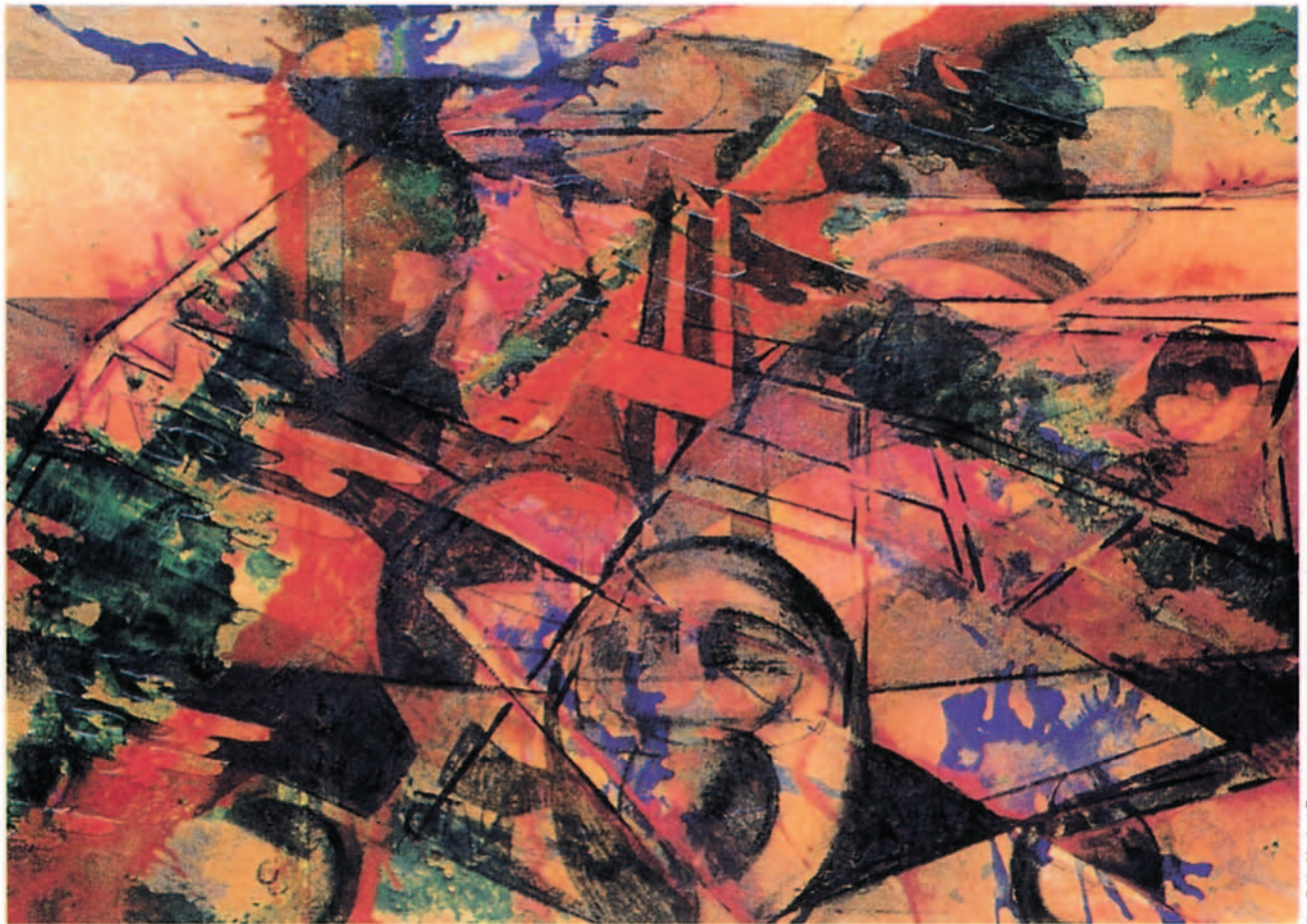
Todos aquellos que nos comparan con la gran masa que obedece sin titubear a la influencia de un pequeño número y que pasa el tiempo en criticar lo que no comprenden, confundidos y silenciosos, reclaman y exigen la protección de lo que antes despreciaban y ahora han de protegerles.

Al hablar de Ejército explicamos la ineludible necesidad de su existencia, de aquí que algunos individuos encuentren su vocación, el género de vida apetecida, el perfeccionamiento de su naturaleza, en servir con las armas en la mano a ese orden al que todos y cada uno en su forma ha de colaborar, el Servicio a la Patria.

Otras carreras y profesiones tienen como supremos alicientes, muy corrientemente, el lucro o quizá la satisfacción de un trabajo bien hecho. Sólo se hace bien lo que se hace con entusiasmo. El que trabaja únicamente por dinero y no tiene amor apasionado por su carrera, jamás será un hombre de valía.







Ana Belén Martínez Ferrer

La carrera, llamémosla así, militar tiene como altos fines la exaltación continua del sacrificio, de la renuncia, de la incomodidad, del servicio heroico por la causa de la Patria, a la que aunque parezca paradoja se le hace representar un alto valor universal en la humanidad.

La profesión militar encuadra perfectamente en los campos de lo ideal y lo profesional, pide pruebas y testimonios del valor del individuo y, como tal, exige de él, antes que nada una acrisolada moralidad, y si en el terreno de las costumbres es exacta y rígida la disciplina de las armas, no menos debe serlo y lo es, en efecto en el de las ideas, en el que se exige una absoluta limpieza, ya que la milicia ha de emanar, en nombre de recia voluntad de hábitos sanos, todo un código social que les haga ser modelos para los hombres, puesto que el militar es, por su posición en todo momento, pero más en los de peligro, un auténtico modelo para sus semejantes.

Siempre se han considerado que la vocación militar era necesaria para emprender la carrera de las armas y sobre todo, para prestar en ella servicios de utilidad. La vocación militar tiene normas diversas según el carácter, edad y temperamento de cada individuo. De este hecho, que es

de una certeza indiscutible, resulta que hay quien tuerce la verdadera base de la vocación militar.

La vocación, para los caracteres nobles, no es un asunto del estómago sino del corazón, del alma; es el amor del espíritu, el anhelo que siente la inteligencia por vivir en una atmósfera determinada.

**P**UES BIEN, EL QUE NO AMA la milicia, podrá pasar revista y vestir el uniforme y no desobedecer las órdenes que recibe, pero carecerá de vocación militar, las fibras más delicadas de sus sentimientos no vibrarán de entusiasmo al ver la Gloria del Ejército, ni sentirá pena honda por sus desdichas; no hará por el esplendor del mismo sacrificio alguno, no se preocupará por su progreso; no investigará para corregir, las causas de su decadencia.

La carrera de las armas, podemos añadir, exige muchas veces una verdadera renuncia de todos los afectos, gustos y comodidades, y para conseguirlo sin que, por lo menos, se exteriorice el pesar que por ellos sentimos, hace falta una verdadera vocación.

Quien no sienta tal vocación, no puede adquirirla por medio del razonamiento, pues éste sólo le llevará a un verdadero cumplimiento del deber,



pero sin el entusiasmo que ella es capaz de infiltrar en nuestra alma.

El entusiasmo real y efectivo se fundamenta en principios como la fe y la constancia, motores de la vida humana. El que tiene la facultad de mandar ha de creer en la causa que sirve y aptitud para contagiarla a los subordinados, creando el clima necesario, pues esa facultad surge espontáneamente cuando el entusiasmo nace de una profunda convicción, de un pensamiento bien madurado.

Sin fe en el objetivo a alcanzar, carece de sentido cualquier sacrificio y como consecuencia no puede poseerse facultad para comunicar, entusiasmo por la faena común. Así mismo, sin fe en la obra a realizar resulta difícil convertir la idea en realidad, en contra de las incompresiones y contradicciones y de la invencible inercia humana y de las cosas.

El hombre con entusiasmo ha sido siempre admirado en todas las culturas. Las grandes gestas, la coherencia de vida, los nobles ideales por los que uno es capaz de vivir y morir, siempre han servido de estímulo para muchos, como puntos de referencia hacia los que cualquier persona se ha sentido atraída.

Frente a la heroicidad de las grandes aventuras personales, es preferible la valentía audaz de la constancia, aunque no se vea ni brille, pero en cualquier caso, decisiva en la mejor biografía que se precie, pues la constancia es una virtud útil para el soldado, necesaria para el oficial e imprescindible para el que ejerce mando superior.

**C**UANDO SE QUIERE DE VERDAD hacer algo hay que poner el máximo empeño para conseguirlo y existe una cualidad esencial que es la constancia, elemento decisivo que nos vuelve obstinados, perseverantes, tenaces e inquebrantables en los empeños. El hombre constante sabe levantarse de sus caídas, sigue con la actitud de mejorarse a sí mismo, ha aprendido a esperar y no se desalienta cuando llega la prueba o el momento difícil.

Cuando se ha tomado la decisión de hacer algo en concreto, la constancia conduce a no interrumpir nada ni darse por vencido, a pesar de las dificultades que surjan, ya sean internas o externas. Hay que tener visión de futuro, captar una panorámica que se adelante al porvenir, para combatir los cansancios normales que cualquier tarea conlleva en su realización.

Es de gran importancia que toda actuación, sea consecuencia de la reflexión y el razonamiento para ir conociendo bien lo que se quiere y así poner los medios más adecuados para lograrlo, de este modo se podrá iluminar la realidad que se pretende conquistar distinguiendo lo accesorio de lo fundamental, y sólo con entusiasmo podremos superar dificultades, evitar inconvenientes y suplir las deficiencias que nos encontramos.

Uno de los elementos que puede engendrar y desarrollar el sentimiento del entusiasmo es la confianza por ser el resultado de una acción humana. Aunque se puede creer que las personas y las cosas merecen o no confianza, simplemente por ser ellas mismas, sin embargo la confianza se da, se deposita en personas, cosas o instituciones, por lo que debemos confiar en lo que lo merece y es digno de ello, y por lo tanto debemos negar nuestra confianza a lo que la va a defraudar o la ha defraudado ya, pues no hay que olvidar que la confianza tiene que responder a las pretensiones de las personas y al mismo tiempo a sus funciones y deberes.

La técnica y el comercio han llegado a conseguir que el mundo sea muy complejo, creando preocupaciones sin necesidad alguna. Al conquistar la era del consumo, hemos cambiado de carácter y nos atormenta no poder comprar todo, hasta el entusiasmo, de ahí que andemos distraídos y amargados por esta idea.

A pesar de los avances alcanzados en los aspectos económicos y sociales en el mundo occidental, sin embargo se deja sentir un cierto desaliento e incluso carencia de entusiasmo, motivado por la publicidad, por la televisión, por los periódicos e incluso por la política, que mantienen nuestra imaginación ocupada por la información masiva e indiscriminada, por el constante apedreo de noticias siempre lamentables y por la mareante publicidad, por lo que todo el mundo parece estar a la vuelta de todo.

Aunque el entusiasmo de las personas no depende del entorno real y social, sin embargo el hombre atemorizado y cauteloso nunca es entusiasta. En la vida hay que ser optimista, porque así como el pesimismo nos hace perezosos y nos incapacita para realizar cualquier actividad, el entusiasmo, por el contrario, favorece la generosidad y permite afrontar las dificultades porque espera vencerlas.

El entusiasmo es tinte excelente, no se altera al contacto con una mixtura cualquiera, no lo modifica cuando quiere el primero que llega. Sostiene su terreno, se afirma y se defiende. En gallarda actitud resiste las tentativas hostiles.

No solamente no abandona sus posiciones para dejar que en ellas se instale el pesimismo que viene a acometerle, sino que resiste a las circunstancias tanto como a los hombres.

Todos pueden poner entusiasmo cuando las cosas marchan bien. Pero conservarlo en circunstancias difíciles y mantenerlo en los momentos de peligro es dar prueba de fortaleza de ánimo.







Carlos Baudio Morales

Desmoralizarse, dejarse desmoralizar, todo eso es humano. Pero dichosos los que logran vivir a pesar de ello, conservar claridad en la vista y calor en el corazón. Qué bien mayor puede desearse al hombre que el genio valiente, maravilloso resorte que nos permite reconcentrar nuestras energías, sacudirnos y volver a la lucha con más entusiasmo.

El verdadero genio sociable es el entusiasmo en servir a los demás. Si de él estamos animados, aparece en todas las manifestaciones de nuestra humanidad, en todas nuestras maneras de tratar al prójimo.

Es el motivo principal de todas las melodías que los acontecimientos varios y las relaciones mudables en los hombres hacen brotar de nuestro espíritu. Ni un sólo momento deja de ser perceptible.

La energía humana más alta no es la de los que en plena salud hacen magníficos esfuerzos, sino la de los caídos y enfermos que sufren el peso de su desgracia y nos enseñan cómo se puede a un mismo tiempo aceptarla y dominarla.

El entusiasmo más hermoso no es el de los días buenos y prósperos. Nos es querido y hay que buscarlo, cultivarlo, gozar plenamente de él y de buena voluntad, no quitárselo a nadie y considerarlo como un tesoro. Pero hay un entusiasmo aún más hermoso porque escasea más, más difícil, un entusiasmo que tiene el carácter de las supremas grandes obras, y es el que no desaparece en los días malos.

La vida está llena de irregularidades y de injusticias. Unos tienen el trabajo, otros se van con la gloria. Unos se esfuerzan y combaten, otros recogen el bienestar y los laureles. Es decir, la vida no es una distribución de premios, por lo que hay que estar vigilantes contra extravíos, confusiones o sorpresas.

**D**E LO ANTERIOR pueden surgir algunas consecuencias un tanto enojosas. Una de ellas sería, el desaliento, al ver que la vida desmiente, en ciertos hechos dolorosos, la moral que nos han enseñado, con su teoría muy acertada de los justos castigos y de las legítimas recompensas, quedando la conciencia un tanto perturbada.

La segunda consecuencia sería la de una moral que nos mostrase toda acción buena seguida de recompensa, toda mala acción seguida de castigo, transformando al hombre en un mercenario. Mercenario es el que no trabaja sino a la vista de la recompensa. Hombre tal no tiene en el fondo ningún valor. Lleva a lo que se llama la moral del éxito, a hacer el bien por el provecho que se espera, conduciendo fácilmente al dicho: "Bueno es lo que nos aprovecha. malo lo que nos perjudica".

El que calcula con demasiado temor las consecuencias de sus actos, puede bien arriar la bandera ante las amenazas. Su moral es la moral de los incapaces.

Es necesario dar a conocer la cualidad de los corazones valientes y ésta es, ni más ni menos, que la del entusiasmo, porque hay momentos en que hay que arriesgar algo y aún mucho a fin de hacer un bien, es sencillamente soberbio. Esa cualidad del entusiasmo es: "Haz tu deber, suceda lo que suceda". Y si al cumplir con el deber de hombre honrado el resultado conlleva sufrimiento, considerémoslo como una recompensa. La herida recogida en el campo del honor es la más hermosa de todas las condecoraciones ■